

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Además ocho páginas en octavo prolongado de novelas compaginadas con láminas sueltas.

Contiene igualmente figurines, dibujos, labores y patrones.



PRECIOS.

En Madrid...	Un mes.....	8 rs.
	Tres.....	23 »
	Seis.....	44 »
En provincias.	Un año.....	82 »
	Un mes.....	10 »
	Tres.....	27 »
Ultramar y extranjero.....	Seis.....	52 »
	Un año.....	100 »
		8 ps. 6.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

DE

INSTRUCCION PRIMARIA, EDUCACION, LITERATURA, CIENCIAS, LABORES,
SALONES, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Y DECLARADA DE TEXTO POR REAL ÓRDEN DEL 15 DE NOVIEMBRE DE 1864,

AUTORIZANDO A LAS ESCUELAS NORMALES DE MAESTRAS Y LAS SUPERIORES DE NIÑAS PARA QUE SE SUSCRIBAN
CON CARGO AL MATERIAL.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Sobre la educacion: *Carta dirigida por Fernan Caballero á la señora doña Faustina Saez de Melgar.*—Octubre, soneto, por doña Faustina Saez de Melgar.—*La Africana*, por D. Joaquin Tomeo y Benedicto.—*Un Consejo*, poesia, por D. Constantino Gil.—*Un loco del Siglo XV* (continuacion), por doña Rogelia Leon.—*Epistola á mi amigo Carlos Pizcueta*, poesia, por D. Rafael Ferrer y Bigné.—*Revista de Teatros*, por D. Leandro A. Herrero.—*Revista de modas: Correo de señorilas*, por doña Joaquina de Carnicero.—*Explicacion del pliego de dibujos*—*Variedades*.
Pliego sexto del segundo tomo de *Angela ó El Ramillete de Jazmines*, novela original de doña Faustina Saez de Melgar.
Pliego quinto de *Leyendas Granadinas*, por doña Rogelia Leon.

SOBRE LA EDUCACION.

CARTA DIRIGIDA

POR

FERNAN CABALLERO

Á LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Ya he escrito á Vd., señora y amiga, la que ahora repito con toda sinceridad, y es que mi voto no es

competente en materia tan grave como la educacion. Creo que para tratar este asunto debidamente, se necesita haberlo considerado en su teoria y en su práctica, y hacer una fusion de ambas, adaptando su resultado, así á los países como á la indole particular de cada niño que hay que educar. Así es que solo se pueden, á mi entender, aconsejar en este ramo reglas muy generales, y aplicables á los caracteres é indoles de todos los niños, pues son la base de toda buena direccion. Remito á Vd. sucintamente espuestas mis opiniones en esta materia, lo que hago, no en tono de pedante pedagogo, sino con las pocas pretensiones de una persona amante de los niños, que emite, sin imponerles ni darles más valor del que en sí tienen, sus opiniones basadas sobre la observacion y la esperiencia, que si bien no probarán á Vd. mi aptitud en la materia, lo probarán mi eficaz deseo de satisfacer los suyos.

En la primera edad se debe, á mi parecer, ante todo, inculcar á los niños la obediencia, pero suavemente, y sin irritarlos por contradicciones cuya causa y razon no están á sus alcances; se les debe dejar mucha libertad, sin mandarles ni prohibirles

mas que lo indispensable; pero mantenerse inexorablemente en lo prescrito, pues si una vez el niño experimenta que son quebrantables los mandatos que recibe y las prohibiciones que se le hacen, perderá su autoridad y su respetabilidad para con él, y tratará de quebrantarlas siempre; hágase de lo prohibido un *imposible*, y el niño se acostumbrará á considerarlo tal, y de esta suerte se evitará que surja la rebeldía, la más mala y perjudicial de las tendencias humanas. Damos como regla moral é higiénica la regularidad y método en todo; esta, además de otras ventajas, formará la costumbre en el bien obrar, y esta regularidad y orden es la que constituye una de las ventajas de los colegios. Como la costumbre lo hace todo llano y fácil, mientras más antes se adquieran las buenas, más fácil será seguirlas en el curso de la vida, y adquiriéndolas desde luego, se evitará, tanto á los padres como á los niños, los malos ratos que han de proporcionar más adelante á los unos y á los otros el desarraigar las malas que haya adquirido el niño voluntarioso é indómito. Desde muy temprano suelen tomar los niños la buena costumbre de dormirse solos y sin luz, quedando en la habitación inmediata la persona á quien esté encargado su cuidado, pero que el niño se sienta solo, pero no desamparado.

En la segunda edad como en la primera, y en todas, recomendamos la obediencia y la sumision, la santa y civilizadora sumision, la más dulce de las virtudes, la más útil de las enseñanzas, fuente de paz interna y esterna, antítesis del malhadado orgullo, principio del mal, primera y perenne causa de la perdicion del mundo y de la de tantas elevadas inteligencias; razon por la que se debe inculcar esta dulce virtud á las criaturas por respeto á Dios, en provecho del individuo y en beneficio de la sociedad. Débese, empero, cuidar, al exigir la obediencia (mas sin que el niño conozca que es para satisfacerle), de hacer palpables y evidentes á su inteligencia las causas que motivan la prohibicion ó el mandato, para que conozca que es de la razon y no de la arbitrariedad de donde dimanan.

Desde esa edad se debe evitar en los niños el ocio, del que nacen en los hombres los vicios, y en los niños los caprichos, el tedio, las extravagancias y las travesuras de mala índole, ocupando el tiempo que no emplean en lecciones, en variedad de juegos divertidos. Para las niñas las muñecas, estrados y cocinas, etc., son juguetes que pueden ser el A. B. C.

de las más útiles enseñanzas para mujeres de su casa y madres de familia; y si bien estos juegos no enseñarán á manejar una casa, ni á cuidar un niño, darán disposicion, é inspirarán gusto para ello.

No nos parece acertado, y menos en la época en que vivimos; dar dinero á los niños, lo que á nada conduce. En este particular pensamos como un joven padre de familia muy caballero, al que vimos en una ocasion con un puñado de monedas de oro en la mano, y al que oimos decir á un precioso niño de seis años que acudió á pedirle una de ellas: «No; no quiero que tengas dinero; no quiero que te guste; no quiero que lo desees, quiero que lo *aborrezcas*.»

Para conseguir que las niñas no se ocupen ni piensen en el modo de vestirse, lo que desarrollaría su vanidad y gusto por las cosas frívolas, no solo se debe evitar en su traje el ridículo lujo que en este ramo se ha introducido, sino que se les debe vestir con mucha sencillez y con no interrumpida uniformidad, renovando cada objeto con otro nuevo idéntico á aquel, lo que es fácil hacer sin faltar al primor y á la elegancia sencilla, que es la verdadera.

Hasta no cumplir los doce años no se debe, á nuestro pobre entender, dar á las niñas lecciones de cosas que en una educacion sólida y grave se pueden llamar de adorno; como son el baile, la música, la pintura, etc., pues antes de todo se debe atender á formar el corazon y la cabeza; esto es, los sentimientos y las ideas, que son las guías y directores de toda la vida mortal é inmortal. Las ideas se formarán con los estudios sérios que personas inteligentes han puesto al alcance de su edad, y estos estudios darán á los niños cierto lustre que contrarrestará ventajosamente la frivolidad natural, y aun apetecible si no es escesaiva, de su edad. Si los padres se interesan y siguen sus estudios, será esto un gran estímulo para sus hijos. Además, á los niños no les quedaria tiempo para dedicarse á los antedichos estudios, si han de aprender bien lo necesario; á saber: la religion, base de toda perfeccion; la moral, la historia, la geografia, la gramática, la aritmética; y para las niñas la costura en toda su perfeccion, y el gobierno de una casa, necesario de entender en todas partes, pero particularmente en nuestro país, en que entran á servir los criados sin haber aprendido su oficio, lo que no sucede en otras partes. Hemos oido decir muy seriamente que lo que hoy se exigia en la educacion de una joven, no era la que llevamos espuesta, sino el saber tocar el piano y hablar fran-

cés; y esta afirmacion no partia de una persona frívola y superficial, sino que era emitida por una mujer de mucho juicio y talento; pero tales son los frutos de la mal entendida cultura. Estas ideas vienen de la corte, introducidas allí por personas que pasan temporadas en París, donde las toman de la superficie de aquella sociedad. Nadie, y menos en estos tiempos, en que tan inestables y variables son las fortunas, puede contar con la estabilidad de la que le cupo en suerte, y si llega á perder la suya el padre ó marido cuyas hijas ó mujer no sepan sino tocar el piano y hablar francés, puede que envidie la existencia de su pobre vecino menestral, que en su mujer ó hijas no halla una carga sino una ayuda, no una reconvenccion, sino un consuelo.

Entre nosotros no hay, como sucede en otras partes, que inculcar á los niños el gusto por la lectura, porque generalmente es aquí innato, y por lo mismo es muy esencial cuidar del alimento que se dé á esta excelente inclinacion, puesto que la instruccion, las buenas ideas y la sana cultura que los libros están destinados á comunicar, no en todos se hallan. Para lectura de los niños se deben elegir con preferencia los libros que traten de historia, de geografía, de viajes y de tradiciones, cuentos y poesías apropiadas á su edad. Varios periódicos se han fundado entre nosotros con objeto de proporcionar estas y análogas lecturas para los niños, y han prosperado poco ó nada, á causa de la indiferencia de los padres en este ramo.

En la tercera edad (denominacion que aplicamos á la de doce años en adelante), seguiremos recomendando la obediencia y la sumision; pues sin ellas no podrá florecer en el corazon de los jóvenes la más bella de sus flores, la modestia; ni madurar el más esquisito de sus frutos, la humildad.

A esa edad, y presentada esta enseñanza como recompensa de haber aprendido, y estímulo para seguir aprendiendo las cosas necesarias y útiles, enseñará á los niños las cosas agradables y de adorno, sin descuidar las primeras, y sin entregarse á las segundas con exceso, pues el sencillo buen sentido moral no puede menos de considerar diez horas del día pasadas al piano por persona que no practique la música como honrosa carrera, como diez horas perdidas.

Las lecturas podrán hacerse cada vez más ajenas, aunque siempre escogidas, teniendo ante todo presente que es mil veces preferible el que los jóve-

nes ignoren cosas buenas, á que sepan las malas.

A esa edad será, creemos, útil señalar á los niños, segun la fortuna de sus padres, una moderada mesada, con cargo de costear y cuidar de sus guantes, objetos necesarios de tocador, avíos de escribir y de labores y limosnas, y con condicion de llevar exactamente un libro de cuentas, lo que les inbuirá orden y enseñará economía.

Creemos inútiles para el físico y demás para la parte moral de las niñas, tanto la equitacion como la gimnástica. La flexibilidad de los miembros y la desenvoltura de los movimientos que prestan, está bien para los hombres, pero son muy poco apetecibles para las mujeres, que tienen en la compostura y en su modestia el más fino y mejor regulador de sus movimientos y de su porte.

Antes de los veinte años se puede en lo general considerar concluida la educacion de una jóven, aunque en algunas se conserva ó prolonga la infancia, como despues de puesto el sol permanece su rosada luz en algunas nubecillas blancas y transparentes. Estas son naturalezas privilegiadas, de las que el ángel niño que las guarda no quiere separarse, y que retiene en el Eden de la inocencia, en el que alumbra de lleno su alma la confianza y la buena fé como la luz del medio día, sin que haya objeto que pueda proyectar sombra alguna. La precocidad nos es antipática; sus frutos no tienen sabor, como no lo tienen las frutas maduras con calor artificial antes de tiempo. Niñas de talento natural y bien instruidas, nos han hecho preguntas tontas, ó más bien simples, y esas preguntas nos han encantado, pues nos probaban su inocencia aun no profanada por la malicia; y á otras niñas de iguales circunstancias hemos oido decir con mucha intencion y trastienda: «¿creen que no sé lo que me quieren ocultar! pues lo sé, porque á mí nada se me escapa;» y hemos visto á sus padres sonreirse satisfechos de semejante precocidad, y á nosotros se nos ha enlutado el corazon, porque se nos ha figurado ver á la inocencia sonrojarse y temblar. Hemos entonces repetido mentalmente unos versos de Víctor Hugo á los niños, en que se halla este párrafo:

«¡Oh! no os apresureis á madurar vuestros pensamientos, gozad de la mañana, gozad de la primavera. Son vuestras horas flores, unas á otras enlazadas; no las deshojeis antes que lo haga el tiempo.»

Si nos atreviésemos á añadir nuestro parecer so-

bre el modo de ser de los padres para con las hijas, les diríamos, con tanta convicción como anhelo, que cuidasen ante todo de conservar dos cosas en sus hijas: la ignorancia de la inteligencia y la bondad del corazón. Consérvese pura la cabeza, aunque sea á costa de dejar algún vacío que pronto se podrá llenar, pero la pureza perdida no se recobra; hágaseles blando el corazón, que ningún corazón duro pudo jamás ser asiento de la caridad, y no hablamos de la caridad vulgar, de la que da limosna, hablamos de la caridad cristiana que ama al prójimo y perdona al enemigo, de la que rechaza todo sentimiento hostil como el más innoble, amargo, y trascendentalmente malo de los sentimientos humanos, y el más opuesto á la alta y noble cultura. En esta ocasión no podemos menos de volver á mencionar la hermosa respuesta de una madre cuya hija era en extremo tierna, á una persona que le aconsejaba que reprimiese esa gran sensibilidad que no podría menos de hacer desgraciada á su hija: «no haré tal, contestó la buena madre, porque prefiero que mi hija sea buena, á que sea dichosa.»

Diríamos también á las madres, que, aunque las aflojasen, según la edad y juicio de sus hijas, nunca soltasen de sus manos maternas las andaderas que las guien y retengan, teniendo presente que en todas edades la obediencia y la sumisión son la paz y encanto del hogar doméstico, son el cumplimiento de la ley de Dios, son el más suave y delicado atractivo de la juventud, son la más patente prueba y expresión del amor y del respeto filial, y el más dulce lauro y merecida recompensa del amor y cuidados paternales.

Guárdense las madres de dejarse arrastrar por la vanidad que engendra el deseo de querer lucir sus hijas si son bonitas, ó á ellas se lo parecen, como lucen sus joyas haciéndolas brillar á la luz del sol y á la de las bujías, y no se esmeren, con ese objeto, en adornarlas mucho y llevarlas á todas partes con el ansia de que *hagan papel* y de que se hable de ellas, lo que tendría muchos inconvenientes, no siendo el menor hacerlas frívolas, disipadas, y distraerlas de las cosas serias. No las lleven muy temprano á saraos y diversiones públicas, aunque no sea más que por la sencilla y mundana consideración de que al cabo de pocos años, y todavía jóvenes, aparecerán viejas, puesto que las cosas no es solo el tiempo, sino la repetición de verlas las que las envejece y desprestigia. Tengan muy presente, así las madres como

las hijas, que el mayor y legítimo lauro que puede recoger una joven, es el que el público no se ocupe de su persona. Es tan delicada la buena fama de una joven, que se empaña con solo el que su nombre ande en boca de los hombres, sobre todo de aquellos cuyo número es grande, que no conocen ninguna clase de respeto; al respeto reemplaza hoy la adulación; aquel honraba y enaltecía al que lo demostraba y al que lo inspiraba; esta empequeñece y rebaja á uno y otro.

En confirmación de nuestro antedicho aserto, recordaremos á madres é hijas el dicho de Luis XIV, en ocasión de serle presentado un caballero principal que tenía dos hijos militares, que por entonces se distinguían noblemente en la guerra, y cuyos nombres se leían con frecuencia en la *Gaceta*, y dos lindas hijas que había criado con mucho recato, y lejos del bullicio del mundo: *Sois, le dijo aquel gran rey, el más feliz de los padres, pues teneis dos hijos de que se habla mucho, y dos hijas de que no se habla nada.*

OCTUBRE.

SONETO.

Ya en este mes las brisas fugitivas
No brindan sus perfumes seductores;
Se han marchitado las galanas flores
Y ellas se muestran áridas y esquivas.
Ni halagan á las tristes siemprevivas
Que solitarias crecen, sin amores;
Y buyendo de los sauces tembladores
Bravas nos muestran su furor altivas.
Del cruel aquilon á compañadas,
En pos arrastran las marchitas hojas
De los lozanos tallos arrancadas,
Do se agitaban trémulas y rojas.
Víctima queda de su saña impía,
En Octubre natura triste y fría.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA AFRICANA.

Ahora que el mundo artístico se hace eco de esta última y majestuosa obra del gran maestro, y que dentro de poco tiempo vamos á tener el gusto de admirar tan célebre partitura en el Régio Coliseo,

creemos de oportunidad insertar á continuacion un breve relato de su argumento, que juzgamos no desagradará á nuestras amables lectoras.

LA AFRICANA,

ÓPERA EN CINCO ACTOS, LIBRO DEL CÉLEBRE SCRIBE,
MÚSICA DE MEYERBEER.

(Representada en París el 28 de Abril de 1865.)

ARGUMENTO.

Personajes.

Seliska, esclava.—*Inés*.—*D. Pedro*, presidente del Consejo del rey de Portugal.—*D. Diego*, miembro del Consejo.—*Vasco de Gama*, oficial de marina.—*D. Alvar*.—*Nolusco*, esclavo.—*El gran Inquisidor*.—*El gran sacerdote de Brahma*.

Nobles y soldados portugueses.—Marinos.—Indios, etc., etc.

ACTO PRIMERO.

Salon del Consejo, en el palacio real de Lisboa.

Inés, desconsolada, llora la ausencia de *Vasco* su amante que hace dos años partió con *Bernardo Diaz* á descubrir el camino de las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza, y de quien hace todo ese tiempo no ha recibido noticia alguna. *D. Diego* anuncia á su hija que el bravo navegante ha sido víctima de su arrojo, encontrando la muerte entre las olas, y al mismo tiempo le ordena se disponga á otorgar su mano al ilustre *D. Pedro Couza*. Aparece el Consejo; *Inés* se retira desesperada.

El Consejo duda si enviar socorros á los perdidos navegantes: el inquisidor replica que es inútil por haber todos perecido en un naufragio, y para probarlo introduce en el salon á un jóven marino, único que ha conseguido salvarse del furor de las ondas. Aparece *Vasco de Gama*: relata el desastre de sus compañeros, hundidos en el abismo al tocar al fin de su viaje, y espone con fuego que si Portugal le otorga naves y dinero, él tornará al camino, y está seguro de hallar las tierras que buscan. El Consejo rechaza esta súplica como hija de la locura y el arrojo. *Vasco* dice que trae consigo dos esclavos, miembros de una raza desconocida, y que prueba la existencia de aquellos pueblos. *Seliska* y *Nolusco* son introducidos ante la asamblea, les preguntan

por su patria, y ambos se niegan á contestar; se adivina sin embargo que la esclava es reina en su país y *Nolusco* un personaje principal del mismo donde se adora á *Brahma*.

Vasco insiste en su demanda; el Consejo le llama visionario; entonces el marino irritado, insulta al Consejo, saca su espada loco de furor, y es conducido á una prision.

ACTO SEGUNDO.

Un calabozo.

Vasco duerme sobre un humilde lecho, soñando con la gloria de sus imaginarios triunfos; *Seliska*, á su lado, arrulla el sueño de su jóven amo con una balada dulce y sentida. Despierta *Vasco*, y estiende sobre un pilar su carta geográfica: «De esta parte á la izquierda, esclama, hallaré la ruta. —No, interrumpe *Seliska*, á la derecha. Allí se encuentra una Isla inmensa, país amado de los dioses; de esta isla, mi canoa batida por las olas, me ha conducido á la esclavitud.» *Vasco* se pasma. *D. Pedro* entra en la prision, y anuncia á *Vasco* que él mismo va á intentar su empresa por el Cabo de las Tempestades; *Vasco* le llama *traidor*; entonces sabe tambien, por boca de su rival, que *Inés* es ya esposa suya.

ACTO TERCERO.

El teatro representa el costado descubierto de un navío en toda su latitud.

D. Pedro navega en ejecucion de sus proyectos y en compañía de su esposa *Inés*, de *Seliska* y de *Nolusco*, á quien ha dado el cargo de piloto por sus conocimientos en aquellos parajes extraños. Un marinero grita desde lo alto que una embarcacion con bandera portuguesa ha flotado un esquife y se dirige hácia el navío; *Vasco* aparece sobre el puente: *D. Pedro* se asombra; aquel esplica este encuentro en medio de los mares, dice que de su propio caudal ha fletado un buque y continuará su obra; el esposo de *Inés* se enfurece; *Vasco* le echa en cara su felonía; irritado aquel, se arroja sobre el marino que sucumbe al número, y ordena atarlo al palo mayor para darle muerte. Suena un trueno espantoso; el huracan comienza á batir la embarcacion; *Nolusco*, el piloto de la nave, ha salvado á *Vasco*; conducida por él á escollos desconocidos, cuando la tormenta ruge más furiosa, un tropel de indios asaltan el navío y desarman á los portugueses; *D. Pedro* es

hecho prisionero; Seliska liberta á Vasco, los indios, al reconocer á su reina, caen á sus piés.

ACTO CUARTO.

A la derecha un palacio, á la izquierda un templo indio, al fondo pintoresco paisaje.

Seliska jura ante su pueblo no permitir pisar el suelo de la Isla á ningun extranjero. Vasco, que consiguió librarse en el navío, es hecho prisionero por los indios y condenado á muerte: el gran sacerdote va á herirle; pero Seliska detiene el golpe mortal, y declara que aquel hombre le pertenece, porque es su esposo. Vasco se asombra, y da gracias á la india por su tierna solicitud; el pueblo saluda al extranjero con alegría, y comienza la brillante fiesta del matrimonio ante Brahma, Wichnou, Siva y todos los dioses del país.

ACTO QUINTO.

Magníficos jardines en el palacio de la reina.

Celebradas las bodas de Seliska y Vasco, se presenta á este último Inés, que se ha salvado de los indios y se halla ya viuda de su primer marido, sacrificado en el asalto de la nave: Vasco, ciego de amor hácia su antigua prometida, le promete que la salvará y huirán ambos á su país natal. Seliska sorprende esta cita, y ordena el suplicio de Inés. Vasco espone á la reina el dolor de su corazón; Seliska llora, porque idolatra en silencio al joven marino; la generosidad vence al sentimiento de la venganza; Seliska aparenta indiferente despego, perdona á Inés, la une á Vasco, les hace huir, y busca ella la muerte bajo la sombra de un *marceliner*, árbol funesto, cuyo aroma envenena.

Los dos amantes desaparecen, y Seliska, aspirando el perfume del árbol mortífero, y entre plegarias de amor, exhala el último suspiro.

JOAQUIN TOMEO Y BENEDICTO.

(Traducido del *Magasin des demoiselles*.)

UN CONSEJO.

Ante un espejo dorado
Pasas el día, Vilena,
Engalanando con flores
Tu rizada cabellera.

En tu purpurino lábio
Donde mi pecho se quema,

Viertes el rojo carmin
Que sus perfecciones vela.

Y en tus pálidas mejillas
Donde el amor juguetea,
Haces brillar el jazmin
Que guardó naturaleza.

Cifras tus sueños de gloria
En los perfumes que llevas,
Y tus conquistas de amor
En el brillo de la seda.

¿A dónde vas, pobre niña,
Por esa torcida senda
Donde hallarás desengaños,
En vez de encontrar bellezas?

Cubre tus negros cabellos
Con la flor de la inocencia,
Y antes de que quieras tú
Encontrarás quien te quiera.

Haz que por tus lábios brille
El carmin de la pureza,
Y á tus pálidas mejillas
Asoma el rubor, Vilena.

Abre tus labios de rosa
No para decir ternezas,
Para bendecir á Dios
Porque te creó perfecta.

Levanta pura y altiva
Esa tu frente serena,
Y no la ciñas jamás
Con záfiro ni con perlas.

Oye mi pobre consejo,
Y ¡ay de tí si le desprecias!
Mírate al espejo ahora,
Y te encontrarás más bella.

CONSTANTINO GIL.

UN LOCO DEL SIGLO XV.

(Continuacion.)

El Santo bendito trabajó mucho tiempo ganándose el sustento con la mayor abnegacion; pero, así que no le necesitaron, volvió á sus santas locuras, yendo descalzo á los lugares, durmiendo sobre las piedras, golpeando su cuerpo para martirizarle, y trayendo haces de leña á la capital para venderla en las plazas públicas. Seguía también pidiendo limosna, y con un traje tan harapiento y carcomido, que apenas se sabía de qué tela había podido ser.

Pero como los muchachos dieron en llamarle *loco*, y la gente razonable no evitaba que estos niños tiranos y crueles le persiguiesen, de continuo se veía acosado por los que, después de apostrofarle y perseguirle, hasta herían sus mejillas á pedradas.

Pero el Santo se ponía en medio de ellos para que le martirizasen, y hasta parecía que gozaba con estos vejámenes y martirios.

Las personas caritativas, por lo mismo que le veían desgraciado, le socorrian con más largueza, y él, en comprando una parca comida, repartía lo demás á otros pobres.

Un día que en medio de una plaza pública llamada de Wibabrambla, el Santo decía en alta voz «que él era un miserable, á quien Dios castigaba por sus pecados,» empezaron los muchachos su persecucion acostumbrada, y uno de ellos, llamándole á grandes gritos *el Loco*, hacia por reunir bastantes criaturas de tan *humanitarios sentimientos*, que todos celebraban como una cosa muy divertida el escarnio de aquel Santo hombre, que á nadie hacia mal, y que recibía las burlas y los insultos con la más verdadera mansedumbre.

Pero Dios, que todo lo ve y lo juzga, y que castiga siempre la maldad, por mas que el mundo se empeñe en decir que la buena suerte es para los malvados, hizo que el muchacho que tan desgarradamente gritaba —¡*al loco!*— se cayese, tropezando con otro como él, y se hiriese la cabeza, desmayándose en el acto.

Entonces Juan de Dios, abriéndose paso por entre los grupos que rodeaban el cuerpo exánime del muchacho, lo recogió con cariño, del suelo, procuró reanimarle, restañar su herida, y prestarle cuantos auxilios necesitaba; pero como no volviese, lo cogió entre sus brazos, y preguntando compasivamente dónde vivía aquel niño, lo condujo recostado en el hombro derecho, hasta su casa.

Como la madre del niño lo viera llegar en aquel estado, empezó á dar acerbos gritos, y otros hijos que tenía también, y entonces el pordiosero la pacificó, dándole los más sabios consejos, y dinero suficiente para curarle: prometiéndole, que todos los días vendría á traerle más socorro. Lo que hizo en efecto con la mayor puntualidad, no solo entonces, sino cuando se puso bueno su pequeño enemigo.

Así pagaba siempre el loco pordiosero las ofensas é insultos que se le hacían; pero, en vez de envanecerse cuando ejecutaba una buena obra, daba

tristes lamentos, diciéndole á todo el mundo que era un perverso, un infame, y que Dios debía castigarle.

Y es que este hombre piadoso y singular, siempre juzgaba poco el bien que hacia, así como otros se ponen enfatuados y orgullosos por una corta limosna que den.

Tantas limosnas dió el infeliz, que por no gastar en un mal vestido para sí, andaba harapiento y desdichado, de una manera tal, que los otros mendigos parecían ricos junto á él.

Es verdad que mucho recogía; porque siempre ha habido y habrá seres caritativos; pero era imposible que nada reuniese el que quería socorrer todas las calamidades del mundo.

Y no solo se cuidaba de las necesidades del cuerpo, sino de las del alma, en términos que, en una ocasion, puso una tienda de librería, solo por recoger malos libros para quemarlos, pues decía, y no sin razon, que las leyendas de cierta clase son víboras que se introducen por el oído en el corazón, y van corroyendo con su incestuoso virus hasta los huesos.

En fin, este loco, según el mundo, y bendito sabio, según la caridad de Dios, hizo tantas buenas obras que no se pueden enumerar; pero como el populacho había dado con él, y le maltrataba tanto, dos hombres que le vieron un día acosado de una manera espantosa, casi como lo fué San Casiano, cuando sus propios discípulos le dieron el martirio, se compadecieron de él, y le condujeron cariñosamente á la casa de dementes para que le encerrasen y no pudieran los muchachos acometerle de nuevo.

El que había de ser más tarde fundador de un hospital para desgraciados, y el que era una Providencia para los enfermos y necesitados, fué encerrado en la casa de locos, donde sufrió tratamientos crueles, sin despegar sus labios para quejarse ni para decir que se hallaba en razon.

Creyendo que en sus padecimientos complacia á Dios, no le dolían los golpes que como loco recibía.

Estas crueldades se doblaron hácia él, cuando viendo los abusos que en aquel hospital se cometían por los encargados de su sosten, les dijo que aquello era contra la religion, y que no podía soportar ver el mal tratamiento que se daba á los enfermos y dolientes.

En fin, tantas verdades les dijo, y de tal modo quiso defender á los desdichados que sufrían, que

fué atado de piés y manos por orden de los superiores, y azotado como un reo, con la mayor crueldad.

Ya no tenia el infeliz las manos libres, ni podia sostener entre ellas una cruz que siempre llevó, y que mientras anduvo por las calles daba á besar á los transeúntes.

Pues cuando estuvo en Gibraltar, deteniéndose en el camino para descansar un poco, se encontró un niño muy hermoso, caminando tambien solito y descalzo, y como le viera llagados los piés, le dió sus alpargatas para que anduviese; pero el niño no podia andar, y se recostó lloroso junto á un árbol.

Juan de Dios, lo tomó á cuestras y caminó largo rato con él; pero pesaba ya tanto, que tuvo que decirle: «Niño, niño, ¿me dais permiso para descansar?»

El niño se lo dió, y ambos bebieron agua de un manantial claro y hermoso.

Cuando se volvió de espaldas para beber, oyó una voz suavísima, sentida y tierna, que le decia:

— ¡Juan de Dios, Granada será tu cruz!

Volvió el rostro asombrado, y vió que el niño le presentaba una granada hecha cascós, y en medio una cruz.

No titubeó: Dios le daba el aviso, y partió para aquella bella ciudad de Andalucía, entrando en ella dispuesto á servir á Dios y sufrir á los hombres.

Y de tal modo se santificó por ambas cosas, que sería necesario un volumen entero si hubiésemos de referir los sacrificios que practicó en bien de sus semejantes; pero todo lo ofrecia en holocausto de la Cruz que le dió el niño, y de aquel aviso supremo, que tanto respetaba.

Después de los trabajos que pasó cuando guardó rebaños siendo niño; después de los azares que sufrió en la guerra, y de los insultos y pedradas de un pueblo sin nociones siquiera del bien y del mal, ahora sufría en una casa de locos, maniatado y azotado cruelmente, hasta que quiso Dios fuese á verle su maestro Juan de Ávila, y le dijese que ya habia sufrido bastante, que era necesario conociesen estaba cuerdo y saliese de aquella casa, donde sufría por amor á Dios.

Que en otra parte podia servirle tambien y ser más útil que allí lo era.

Hízolo así, y el dia que salió del hospital, á pesar de lo ofendido que debía hallarse con los que tanto le habian hecho sufrir, los llamó á todos, les besó las manos, y les pidió perdon si en algo les habia ofendido.

Todos quedaron anonadados ante semejante generosidad; pues nada abate ni esclaviza el ánimo del hombre cruel como los rasgos generosos de las grandes almas.

Juan de Dios salió de allí como hubiera salido de una mansion donde á fuerza de halagos y caricias le hubieran hecho feliz.

¡Sus ojos se arrasaron á la despedida!

¡Oh felicidad suprema de los seres virtuosos!

¡Hallar la dicha hasta en la desgracia!

IV.

LA MUERTE DEL JUSTO.

Los que para hacer una limosna consultan antes el estado de sus fondos pecuniarios: los que siempre temen menoscabar sus intereses, cuando se trata de un hecho generoso: los que al sacar á una familia de la miseria, creen que podrán ellos caer en tan triste estado por la largueza que han tenido, no practican la caridad como Dios ordena, ni es heróico y sagrado su sacrificio.

Cuando nos deleita un placer, una afición mundana, un deseo quizás inconveniente y culpable, nunca le preguntamos al corazón si aquello empobrecerá nuestra alma, y somos tan miserables é impíos, que cuando se trata de una cosa evangélica, de un acto que debe engrandecer nuestro espíritu, consultamos con la fortuna, y nos da miedo perder sus favores.

Todos se creen ricos para dominar por su fausto y esplendor, y pobres cuando se trata de dar la mano al caído y llevar el consuelo al infeliz que le espera.

Damos por una joya, por un lazo, por un capricho cualquiera, lo que nos piden, y á penas nos atrevemos á soltar de la mano la solitaria moneda que aguarda con la palma estendida el infeliz portador.

Tenemos nuestros arcones llenos de trajes ricos, que no utilizamos, porque la caprichosa moda nos pide otros con poderosa exigencia, y miramos andar desnudos los infelices mendigos, sin cubrir su desnudez con aquello siquiera que ya no nos hace falta.

Sonreimos y agasajamos á la modista que nos trae el rico traje de la vanidad y la locura, y la pagamos con creces alguna novedad con que nos sorprende; y vemos llegar á nuestra puerta la niña descalza y abandonada, sin ofrecerle hospitalidad y abrigo.

La pobreza nos da horror, y tememos caer en ella, siendo generosos con los humildes y los necesitados.

En cambio dejamos á girones nuestro corazon por ese mundo elegante que tanto nos pide, y tan poco recompensa nuestros afanes y estériles martirios.

—¿Qué mundo es este? hemos preguntado más de una vez contemplando escenas de esta especie; y el mundo ha permanecido frio é indiferente á la amarga hiel de esta pregunta.

Hemos asistido á varias sociedades que se decian humanitarias, para ver de hacer algo por los seres infelices que necesitan nuestra ayuda, y todo han sido escollos y contradicciones, concluyendo por decir que no se contaban con medios para llevar adelante la obra.

Y, sin embargo, lo que falta es corazon y fé para tales empresas.

Juan de Dios, el pobre mendigo, que andaba, como os he dicho, buscando de puerta en puerta un pedazo de pan, vió un dia una casa dismantelada y sucia, con una cédula que decia: *«Esta casa se alquila para pobres.»*

Entonces, el que más tarde la Iglesia declaró Santo, solo era para la sociedad un miserable, un vagabundo, un loco; y sin embargo de lo poco que podia aguardar de quien así le juzgaba, el Santo bendito no se arredró por eso, y buscando al dueño de la casa que estaba de alquiler, la contrató con muchas formalidades, pues el propietario desconfiaba del miserable pordiosero, y quiso asegurarse bien, y no cedió su finca sin garantías grandes.

Tal es el mundo siempre para con la pobreza.

Si nuestro Santo hubiese llevado rico vestido bordado de oro, como llevaban entonces los grandes señores; si la empuñadura de su espada hubiera brillado con las amatistas y los rubies, se le hubiera cedido la casa al momento, sin preguntarle siquiera su nombre.

Hacen bien los petardistas, conocedores de la vanidad mundana, en hacerse de un rico traje para sorprender y ejercitar sus engaños con éxito seguro.

La honradez, desnuda de opulencia, es conocida de muy pocos seres.

La maldad, encubierta por el lujo, es máscara que nadie conoce, y que en todas partes triunfa con osadía.

Habida que tuvo la casa el Santo, salió por las casas de la ciudad, donde sabía podia encontrar personas caritativas, y pidió con tal fervor, meditando su proyecto, que recogió lo suficiente para hacerse cuarenta camas, que cada una de ellas consistia en una estera, una manta, y una ó dos almohadas.

Despues, saliendo de nuevo, buscó todos los mendigos más enfermos y necesitados, y los trajo uno á uno sobre sus hombros á su piadosa casa, pues su plan era recoger y cuidar por sí mismo cuantas desgraciadas criaturas pudiese.

Para tan hermoso pensamiento, para obra tan laudable y cristiana, no necesitó aquel hombre bendito reunir sócios, nombrar un presidente, organizar una junta, escribir un reglamento, estudiar bases seguras, ni dar ni pedir votos á nadie.

Él lo pudo haer todo, porque las instituciones son la voluntad de un sér que se empeña en erigirlas.

Y no se diga que San Juan de Dios lo hizo porque era Santo, y á los elegidos todo se lo manda el Señor á manos llenas.

Nada de eso puede decirse del sabio-loco que nos ocupa, pues él tuvo que hacer tantos esfuerzos, tan grandes sacrificios, y tantos desvelos y trabajos penosos, que enfermó, en términos, que iba demacrado y pálido como un cadáver; mas no por eso dejaba de conducir en sus brazos y en sus hombros todos los enfermos de la ciudad que pedian limosna como él, y todos los ancianos y paralíticos de que podia adquirir noticias.

Y despues que los dejaba acomodados en sus lechos, salia de nuevo á recoger lo que podia para ellos, siendo su voz tan poderosa y conmovedora, que nunca dejó de traer lo suficiente para sostenerlos.

Es cierto que Dios ayuda al que se sacrifica por hacer méritos para ganar su gloria; pero, como sabio Juez, pone á prueba la virtud para convencerse de ella; y Juan de Dios sufrió pruebas grandes, sin desmayar jamás en su resolucion.

Pasado mucho tiempo de instalar su hospital sagrado, y sostenerlo por sí solo, tuvo otros dos sócios, tambien de ardiente caridad, que le sustituyeron al morir.

Estos eran Pedro Velasco y Anton Martin, enemigos encarnizados que San Juan de Dios pudo reconciliar, para que fuesen modelo de abnegacion y virtud cristiana.

Entonces, reunidos los tres, nuestro Santo echaba mayores expediciones que nunca, yendo por los pueblos comarcanos, no ya vestido de mendigo, sino con su modesto hábito, que cedió mil veces á pobres desamparados, como tenía de costumbre ceder cuanto poseía.

(Se continuará)

ROGELIA LEON.

EPÍSTOLA

Á MI AMIGO FÉLIX PIZCUETA.

Félix, de las ciudades populosas
No te atraiga la pompa y lujo vano,
Que son sus apariencias engañosas.

Cual exhalan las aguas de un pantano
Letal aliento del inmundo cieno,
Tal la ciudad respira hálito insano.

Dentro de sus palacios el veneno,
Se esconde, cual el áspid en las flores,
Que ornán vistosas el pensil ameno.

¿Qué valen de su lujo los fulgores,
Si, del engaño velos transparentes,
De un día nada más son sus amores?

Verás pasar, cual rápidas corrientes,
En sus rodantes cuádrigas lujosas,
Al placer sonriendo, vanas gentes;

Verás mujeres ostentando, hermosas,
Vendidos, cual su amor, ricos joyeles;
Compradas al placer, galas preciosas;

Verás sobre magníficos corceles
Lanzarse en el tropel, de su riqueza
Orgullosos no más, necios donceles;

Mas..... déjalos pasar. Tanta riqueza
Es humo que se pierde en el vacío,
Blanco hielo que cubre la maleza.

Si buscas la virtud, si su rocío
De paz y de consuelo anhela el alma,
No la busques en tanto desvarío.

No es más feliz la enaltecida palma
Que al viento del desierto audaz se agita,
Que humilde violeta en dulce calma,

¡Ay de aquel que infeliz se precipita,
Del mundo en las revueltas oleadas,
En donde la virtud está proscrita!

En vano buscará las envidiadas
Horas de sueño de la noche umbría
Bajo el techo de espléndidas moradas.

Si las impuras risas de la orgía,

Con que huyó de las sombras tenebrosas,
Resuenan en su oído todavía.

Y tantas apariencias engañosas,
¡Cuántos y cuántos viles sacrificios
Encubren, y cadenas vergonzosas!

Sus espléndidos régios edificios
Son del infando crimen la guarida;
Sus teatros la escuela de sus vicios:

Si no, ¿qué es la Comedia, que vestida
De formas bellas, sonrió en Atenas
Á la gran muchedumbre oscurecida?

¿Qué se hizo? ¿qué es? ¿Se ven apenas
De su heroica tragedia, sin rumores,
Las grandes luchas, á su pecho ajenas?

¡Mas para qué, si acaso espectadores
Son, más que de la farsa de la escena,
De la aún más infeliz de sus amores?

Y para andar acordes, ya disuena,
Hollado el gusto por su torpe planta,
De la humilde virtud la fácil vena.

Ríete, Félix, de ignorancia tanta:
Desprecia su riqueza y sus honores;
¡El soplo de la suerte los quebranta!

No nacen nunca las fragantes flores
Allá en las tormentosas altas cumbres,
Sino en el valle, oculto á los rigores.

Del pueblo las pacíficas costumbres
Imita más, si llevan á una vida
Sin deudas, ni ambición, ni pesadumbres.

Y sigue la virtud, que oscurecida,
El incienso desprecia de alabanza,
Que es humo nada más, gloria mentida.

Imita de ese pueblo la templanza;
En él verás magníficos modelos
De Fé, de Caridad y de Esperanza.

Mas precia los tiernísimos consuelos
De su modesto hogar; mas, sus amores,
Que no enturbian la envidia, ni los celos,

Que del lujo los vanos resplandores,
Alumbrando, monótono el hastío,
Con rayos de ilusión engañadores

Y al llegar de la muerte el trance frío,
En sueño más benéfico reposa
El que no conoció tal desvarío.

La leve tierra de ignorada fosa
Es más benigna al sueño del olvido,
Que, en áurea tumba, la mármorea, losa
Con que el grande, que fué, yace oprimido.

RAFAEL FERRER Y BIGNÉ.

REVISTA DE TEATROS.

ALBUM DE LA VIOLETA.

INAUGURACION DE LA TEMPORADA.

Ha llegado el momento de abrir esta crónica, en que con la mayor precision, imparcialidad y justicia posible, damos cuenta á nuestros lectores de los acontecimientos del teatro; persuadidos de que la influencia que ejercen sobre la moral y sobre las costumbres es de una importancia grande y trascendental, y por lo mismo hacen indispensable la mision de la crítica, centro regulador de todas las aspiraciones, y centinela avanzado de los derechos del público que á la vez confia á su custodia y salvaguardia sus intereses morales.

Á juzgar por el personal que componen las compañías que han de actuar en los coliseos de la corte, la temporada promete ser grandemente fecunda en resultados dramáticos, y así lo deseamos de todo corazon, por el afecto y el cariño inmensos que profesamos al teatro, afecto que no se gasta en el curso de los tiempos ni en el espacio, y que instintivamente nos asocia á todas las vicisitudes de la escena, colmándonos de alegría en sus glorias y de amargura en sus derrotas.

La organizacion especial de las compañías que han de actuar en Madrid durante la próxima temporada, abre ancho campo á los autores para ejercitar y poner en actividad su ingenio, encerrado hace tiempo en una estrecha máquina neumática que no les permitia alentar ni desarrollar en las proporciones debidas las concepciones de la fantasía. La musa dramática está de enhorabuena, y esperamos que no ha de sucumbir este año bajo la influencia de su antigua esterilidad.

El personal de la compañía que ha de actuar en el coliseo del Príncipe, está compuesto de Romea, de Valero, de Pizarroso, de Fernandez; de las señoras Lamadrid, Palma, y otros actores y actrices apreciables que completan el cuadro. Inútil sería emitir aquí nuestro juicio sobre todos ellos. Conoci-dos son por el público, y esta circunstancia nos dispensa la tarea de tributarles elogios. Diremos sí, que este escogidísimo personal honra á nuestro primer teatro de verso, y que tiene el deber de satisfacer las esperanzas que en él ciframos.

En el coliseo del Circo han quedado los herma-

nos Catalina, el simpático actor Mario, Casañé, y la incomparable señora doña Matilde Díez. Aunque el personal de esta compañía no es tan numeroso como el de la del Príncipe, preciso es reconocer que se compone de actores recomendables; y contando, como cuenta, con el talento y la felicísima iniciativa de Matilde, no hay que abrigar dudas acerca de la amenidad y buen gusto de los espectáculos que allí se han de exhibir.

En Novedades actuará una compañía bajo la direccion del apreciable primer actor Sr. Calvo, la cual cuenta de primera actriz á la Sra. Diaz, cuyos primeros ensayos en el arte cómico tuvimos ocasion de aplaudir alguna vez en el teatro de Variedades. Celebraríamos que estos dos actores alcanzaran allí honra y provecho. En el coliseo de Variedades actuará una compañía italiano-española, bajo la direccion de la célebre trágica señorita Civili, que será auxiliada en sus tareas por la inolvidable Sra. Santoni, que tan gratos recuerdos dejó en otra ocasion en el pueblo madrileño.

El teatro de Jovellanos, que ha abierto ya sus puertas, cuenta con un personal de zarzuela bastante regular, y es posible que le refuerce] más todavía.

Por último, el coliseo de Oriente, adjudicado á un nuevo empresario, ha presentado ya su programa y la lista de los cantantes que han de inaugurar la temporada, los cuales, aunque desconocidos en esta corte, tienen fama en Europa, segun se dice de público, y esperamos que se confirme.

Tal es en resumen la organizacion de las compañías que presentan al juicio público las empresas de los teatros. Con tantos y tan buenos elementos, puede el arte dramático desplegar su vuelo fecundo y soberano, encaminándole á la adquisicion de triunfos legítimos y de glorias verdaderas. De las empresas depende que esto se realice. Á ellas cumple ahora manifestar gran discernimiento en la eleccion de las producciones que han de presentar en la escena, teniendo para ello en cuenta su mérito intrínseco, su valor real y positivo, el bien público y la moralidad de las costumbres.

LEANDRO A. HERRERO.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Nos hallamos todavía en la estación dudosa; pero, á pesar del sol, el invierno llama á nuestras puertas, y es preciso hablar para prepararnos á hacerle frente, aunque sin afirmar nada positivo.

Dicen que las faldas serán generalmente lisas, pero en sederías espléndidas: se dice también que las faldas cortas harán su reaparición. Sí, queridas lectoras, la moda del día consistirá en hacer venir las faldas á la altura de la canilla para los trajes de salir, porque en los de interior conservaremos todavía nuestras colas.

Seguramente que los pajes proporcionan mil inconvenientes, y por esta razón no los echaremos de menos; pero no dejan de ser ventajosos para aquellas cuyo guardarropa contiene una cifra moderada de trajes, puesto que la falda de calle se soltaba en casa, transformándose en falda de interior. Con las faldas cortas no habrá esta posibilidad, y hé aquí el motivo de que tal vez no llegue á establecerse esta moda.

Preocupa también la cuestión de si los sobretodos de invierno serán de la misma tela que el vestido: podemos contestar sin vacilar que no, puesto que las vestimentas de invierno solo se ejecutan en terciopelo ó paño. Es evidente, sin embargo, que habiéndonos acostumbrado demasiado á la armonía de los colores, para cambiar bruscamente de sistema, procuraremos igualarlos en cuanto sea posible, sin preocuparnos de las telas. La forma con mangas será la más dominante, y para los talles delgados el cinturón de fantasía colocado sobre la casaca, será generalmente adoptado; no es nada bonito, convenido; pero es preciso mencionarlo.

Los cuerpos serán con cintura ó aldetas, y las mangas invariablemente de codo. La voga de las vestas siempre la misma.

Hé aquí tres trajes que poseen un sello distinguido, y que dejan presentir la estación de invierno.

El primero es de tafetan azul; el borde inferior de la falda recortado en puntas bordeadas de terciopelo negro; se termina por un agremio de pasamanería azul y negra, y bajo las puntas vá fija una tira de terciopelo negro, que las despasa diez centímetros. El cuerpo alto, se halla abierto de forma cuadrada, con vueltas puntiagudas que se destacan so-

bre terciopelo. La misma repetición forma aldetas y vueltas de mangas.

El segundo, sumamente elegante, es de moaré pensamiento con el bajo denteado muy estrecho, y bordeado de terciopelo. Muletillas redondas igualmente guarnecidas y fijas por tres botones *drapeau*; la falda en cada paño sobre una enagua inferior en tafetan blanco ilustrada de guipure y terciopelos negros. El cuerpo alto es con cintura de terciopelo y guipure, abierto sobre un chaleco de tafetan blanco con mangas largas y justas. El cuerpo del traje lleva simplemente jockeys de guipure.

El tercero es de *point de-soie* á rayas blancas, satinadas sobre fondo negro. La falda lleva alrededor terciopelo negro, y de distancia en distancia se levanta por medio de una lengüeta cuadrada, forrada de terciopelo negro, y dejando ver la enagua que es de seda blanca. Estas lengüetas se hallan fijas por medio de ricos almendrados en pasamanería blanca y negra. Sobre el cuerpo alto vá un corselillo en terciopelo negro á lengüetitas desprendidas todo alrededor, y puntas más largas por detrás.

Estos tres trajes pueden servir perfectamente para la estación de invierno.

El fieltro adelanta camino para sombreros de otoño, lo que hace concebir grandes esperanzas para el invierno. Los últimos sombreros redondos son en fieltro y se llaman toca, tricordio, derby, cazador, etc. Dentro de un mes veremos el sombrerito imperio, sea en fieltro marrón con drapería marrón, y un pequeño pájaro, sea en fieltro gris adornado de colores vivos, tales como plumas encarnadas y negras, ó en fieltro negro con plumas de pavo.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS.

Con este número recibirán nuestras suscriptoras un gran pliego de abecedarios para marcar toda clase de ropa; dos de ellos son de letras grandes á propósito para juegos de cama y mantelerías.

Estamos esperando de París la lámina de confecciones de invierno, que repartiremos en el número próximo, y si llegase á tiempo quizá la diésemos en este, por anticipar las novedades de estación, aunque retirásemos el pliego de abecedarios.

Por todo lo no firmado,

El Secretario de la Redacción, JUAN DE MOLINA.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

Madrid: 1885.—Establecimiento tipográfico de R. Vicente.
Calle de Preciados, 74, bajo.